

## CONDENA Y DESCENSO:

### LA CAÍDA DEL ALMA EN EL HADES

*Sentía náuseas, náuseas de muerte después de tan larga agonía; y, cuando por fin me desataron y me permitieron sentarme, comprendí que mis sentidos me abandonaban. La sentencia, la atroz sentencia de muerte, fue el último sonido reconocible que registraron mis oídos.*

[...]

*Vi los labios de los jueces togados de negro. Me parecieron blancos..., más blancos que la hoja sobre la cual trazo estas palabras, y finos hasta lo grotesco; finos por la intensidad de su expresión de firmeza, de inmutable resolución, de absoluto desprecio hacia la tortura humana.*

[...]

*Entonces mi visión recayó en las siete altas bujías de la mesa. Al principio me parecieron símbolos de caridad, como blancos y esbeltos ángeles que me salvarían; pero entonces, bruscamente, una espantosa náusea invadió mi espíritu y sentí que todas mis fibras se estremecían como si hubiera tocado los hilos de una batería galvánica, mientras las formas angélicas se convertían en hueros espectros de cabezas llameantes, y comprendí que ninguna ayuda me vendría de ellos.*

E. A. Poe, «El pozo y el péndulo» (1842)

Este relato está contado por un narrador en primera persona de quien nada sabemos, ni tan quiera su nombre; solo conocemos lo que él decide compartir con nosotros y en el orden en el que él elige. El comienzo es impactante, nos habla de una «atroz sentencia de muerte», de «larga agonía» y de «las voces de los inquisidores». En las primeras líneas ya sabemos, por tanto, que el texto gira en torno a un prisionero condenado a muerte por la Inquisición. Lo que quizás no nos resulte tan evidente es que parte de la agonía del narrador reside en su necesidad de recordar y

en la dificultad que esto entraña para él.

Al enfrentarse a esta parte del cuento, los ilustradores sintieron especial interés por la representación de los inquisidores. Se nos muestran como seres deformes y grotescos, casi demoniacos, frente a los cuales el narrador queda sumido en la angustia y el terror. Otro elemento al que se presta especial atención por su simbolismo son las siete altas bujías que, en un primer momento, parecen ser «blancos y esbeltos ángeles»; sin embargo, al percatarse del fatal destino que le aguarda, el narrador enseguida pasa a verlas como «hueros espectros de cabezas llameantes».

Destaca el dibujo firmado en 1907 por el artista italiano **A. Martini** (1876-1954). El artista recrea una visión onírica y macabra en la que las llamas generan una cruz ardiente con varias calaveras cuyas lenguas reptantes son las propias del fuego. Por encima se yerguen las figuras de los jueces, dispuestos como tres penitentes encapuchados y completamente cubiertos. Sobre sus siluetas solo se aprecian las inquietantes muecas y unos símbolos pasionales (la cruz, la corona de espinas, los clavos, el Sagrado Corazón de Jesús). La imagen resulta diabólica, una terrorífica alucinación.

